

# La doncella que duerme

por Ma. Teresa Andruetto



Una doncella llena de vitalidad cierto día muere, se anestesia o adormece. Lo que la mata, insensibiliza o duerme es algo del orden del dolor: un pinchazo, un fruto o una astilla envenenada, una maldición. La despierta siempre algo o alguien que tiene que ver con el amor: amor de aquel que se aventura por la selva espesa, amor de quien es capaz de saltar vallas y sortear obstáculos, o su propia capacidad de amor hacia los otros.

La oscilación entre vivir despierto o dormido alimenta muchos relatos que —provenientes de mitos que perdieron su carácter sagrado— han pasado a la tradición de lecturas para la infancia. En las versiones más conocidas de la Bella Durmiente, una princesa recibe, al nacer, una maldición, y aun cuando su padre intente burlarla, en cierto momento de su desarrollo algo la adormece por años hasta que el amor verdadero la despierta. En algunas versiones muy antiguas, el rey —el padre de la niña— mata a su mujer y se apropia de su hija que se parece a la madre como una gota a otra gota de agua, de modo que es él mismo veneno y antídoto: transgrede el tabú, deja de ser padre y de ser hombre y se convierte en amo de la hija.

Dominación, maltrato, abuso. Tal vez el relato de lo sucedido aquel día corrió en las bocas espantadas de los súbditos hasta que

nuevas bocas fueron encontrando misericordia en el lenguaje y cambiaron la palabra morir por dormir.

Así es como la hija mancillada duerme. Duerme y duerme, no siente nada.

Como si estuviera muerta.

El símbolo de la doncella que cae en un sueño sobrenatural y despierta por la intervención de un amante, está presente en las sagas islandesas (incluso en el cantar de los Nibelungos), en poemas occitano catalanes muy antiguos e incluso más atrás, en una leyenda india llamada Surya Bai, además de ser el asunto central en la leyenda cristiana de los Siete Durmientes de Éfeso, aunque en este caso quienes duermen son varones.

Dormir como oposición a vivir atravesando el dolor. También como oposición a soñar. Dormir sin memoria. Olvidar. No sentir nada. No saber de dónde provienen el propio sufrimiento ni el propio regocijo. Ignorar y por lo tanto ser inmune también al dolor de los demás. Y si estamos tan dormidos, ¿qué puede despertarnos? El amor, los saltos de conciencia, el arte son algunos caminos para hacer de la vida lo que Yourcenar dijo de la escritura: un ejercicio con los ojos abiertos.

Vida-muerte-vida es también la secuencia cristiana del hijo de Dios, vida-muerte y resurrección para una vida más vasta que la pobre vida humana. Como dice Raúl Dorra, argentino en Puebla, en su libro Profeta sin honra, es la Magdalena al asomarse al sepulcro y no ver el cuerpo del amado (porque está oscuro, porque han saqueado la tumba o porque el que había muerto se ha elevado) quien proclama la resurrección y así da origen al cristianismo. Si no está, es porque ha resucitado y si ha resucitado, es el hijo de Dios.

Vida-muerte-renacimiento. Mito agrario que se hunde en el comienzo de los tiempos y genera una sabia que alimenta miles de versiones y derivas entre lo que vive y lo que muere y la necesidad que tiene lo vivo de morir para que la vida siga su curso (la bio antropología nos enseña que la muerte de las células es fun-

damental para conservar la vida de un organismo y que cuando la célula se multiplica y no muere, es cuando enfermamos verdaderamente y morimos).

La literatura popular supo convertir lo innominado, lo insoportablemente real, lo ominoso o lo inquietante en fantasía, de esa combustión surge el género maravilloso. Por esa vía, el arte se ocupa de mostrar una realidad más real que aquella que encontramos en la vida e intenta dar sentido a la experiencia. Para acceder a esa realidad más real –esa realidad más compleja y totalizadora que puede expresar el arte– es necesario decirle no al naturalismo en busca de un realismo que integre la hipérbole fantástica, la caricatura, lo grotesco..., como dijo Anatole Lunacharski, crítico de arte y ministro de cultura ruso en los tiempos de Lenin. Una suerte de realismo inventivo donde el mito y el símbolo, persisten a lo largo de los siglos y suscitan indignación o amor a la realidad, teniendo en cuenta que la realidad para nada es unívoca.

Sometido a una ebullición que lo despega de lo pedestre, irreductible a lo unívoco y a lo literal, lo real vacila frente a lo extraño, lo cotidiano se suspende ante lo asombroso y lo natural se rinde ante el misterio. Entonces aparece una Imagen encantada en la que cada cosa es otra cosa y otra cosa, y así tantas veces. Altamente condensada, la imagen se despliega como un oráculo y en su espejo cada uno de nosotros encuentra refractada una verdad personal. Bajo sus mascararas, afeites y veladuras, lo cotidiano se transforma, se despliega y reconstruye una y otra vez, viajando de una interpretación a otra, desde un episodio efectivamente real a su transformación en mito digno de fe o su dilución en leyenda.

En la brevedad de los símbolos y los mitos viven novelas enteras. Reinos complejos, múltiples, hechos de sucesos y emociones, de destino y contingencia. Pero si esos símbolos nos hablan, no es por lo que dicen sino por como se ha ido perfeccionado a través del tiempo ese modo de decir mejor algo. *Cada narración deberá dormir en mí, durante años si es necesario, hasta que encuentre su razón de ser, su cómo*, afirmaba Juan Jose Saer; de modo que hablando de la escritura, también él habla del dormir y el despertar, en la búsqueda de un sentido que podría equi-

pararse al sentido de la existencia. Así, sobre el sólido supuesto de la realidad, el relato simbólico se tiende como una doncella dormida, dispuesto a sedimentarse a sí mismo por años si fuera necesario, hasta que quien escribe (o la sucesión de bocas que narran) encuentra ese qué, esa forma capaz de despertarlo y despertarnos en la lectura o en la escucha.

El realismo busca una verdad de la que lo simbólico quisiera desprenderse para ofrecer en lo narrado múltiples verdades. ¿Cómo quitar los rastros de mundo adherido a nosotros?, ¿cómo despojarnos para inventar? Todo hecho es en un sentido profundo incognoscible y la certidumbre, podríamos decir parafraseando a Sartre, es una metáfora de la ceguera. La iluminación estará entonces en la capacidad de enfrentarnos a la incerteza y el símbolo está henchido de incertezas, como un llamado que proviene de lo oscuro.

Símbolo: un lanzamiento que deriva de *bollo*, lanzar. Un llamado, susurro o grito que nos pide que miremos hacia lo desconocido para vislumbrar algo de otro orden, aquella verdad más verdadera que la verdad que habita en la superficie. Múltiples sentidos habitan en el corazón de la doncella que duerme su sueño increíble por años o por siglos. Duerme y despierta la doncella, pero ni dormidos, ni despiertos imaginamos, sino en la somnolencia que supone cierto abandono de uno mismo.

¿Abandono de qué?

Del autoritarismo de lo literal y de lo unívoco 

## **Bibliografía**

---

**Dorra, Raúl** (1994) *Profeta sin honra*. Siglo XXI Editores. México, DF.

**Evelyne Pieiller** (2016) “Lunacharski, lúcido defensor de la libertad de creación. La breve primavera del arte y la revolución”. *Le Monde Diplomatique*. Buenos Aires.

**Saer, Juan José** (1997) *El concepto de ficción*. Seix Barral.